

## Argentinos II

Los argentinos: intiman fácilmente.  
Es como si desconocieran las distancias. Aparecen  
ahí adelante y cuando querés acordarte,  
entraron en tu pieza, te invitaron al espectáculo de sus vidas.

## Exilio

Un ruso en el exilio es una pesadilla interminable. Debe cargar sobre su pequeña humanidad la vastedad blanca de la que proviene y, de una u otra forma, todo va creando un vínculo ineludible con aquél origen monstruoso. La tía Olga acumulaba alimentos que se vencían en las alacenas. La abuela Antonia acumuló un baúl lleno de zapatos que sus hijos descubrieron cuando ya había muerto; muchos pares tenían el cuero ajado y reseco y jamás habían sido usados.

Todos los sueños de mi padre transcurrían en las calles heladas de Lvòv, en sus caminos solitarios donde un campesino huraño lo esperaba con la vista fija en el extranjero que mi padre arrastraba sobre sí como un fantasma.

## Steve

Steve: estuvo durante años internado en una colonia psiquiátrica. Allí desarrolló un personaje, el Conde Sigfrido. Sigfrido se le aparecía en sueños y le hacía advertencias: "Cuida tus células –dice Steve que le decía– porque son mi sustento". Sigfrido habitaba el psiquiátrico desde antes que Steve; era el demente que lo estaba esperando. El fantasma demente de Steve, que cruzó el tiempo para encontrarlo y moraba en su cuerpo ataviado de harapos.

## La vida afuera II

En el colectivo: atravieso la ciudad en la última luz de la tarde. Un sábado. En el centro, los negocios cerrados, las calles apenas agitadas por actividades que se extinguen.

El sábado

a la noche es realmente otro mundo. Un mundo que fulgura y alcanza con sus radiaciones el resto de los días, un mundo que compone sus escenas con una piedad que no osa mostrarse: piedad por aquello que trae,

por la sed de lo inhallable que está en su esencia.

Al aproximarme a ese mundo veo una rotisería con su rueda de spiedo destellando una luz dorada en la luz tiznada de la calle; adentro, en el gran salón iluminado a medias y desierto, tras el mostrador, contra una repisita, con el delantal aún impecable, el rotisero habla por teléfono, un descanso anticipado, ausente todavía del trabajo.

En un bar, sobre la esquina de una avenida, un viejo lee el diario mientras se bebe su café, sentado a una mesa entre las mesas vacías. Es su hora, la hora en que el aire deshabitado del bar se carga del bullicio que vendrá. En esa expectativa el viejo bebe la esencia de recuerdos que son una radiación del futuro. Afuera, entre los esqueletos de más mesas y más sillas, el mozo observa, acaso sin mirar, algo lejano allí en la calle, a unos pasos del bar.

El corazón del sábado por la noche se muestra por entero en su anticipo, cuando la distancia aún es parte

de su influjo: en el prólogo de vacíos que gesta su inminencia.  
Atravieso ese vacío con el alma llena, cargada  
de la tensión por lo que traerá la fiesta.  
En los lugares vacíos el tiempo mismo se vacía y enseña algo,  
algo que ya encontraremos, o algo que sólo podemos perder.

## 25 años

Hacia veinticinco años que el viejo Cody se había ido del Uruguay. “En todo este tiempo –hablaba– mis sueños siempre transcurrieron allá, en el escenario original de mi juventud, casi en la misma calle, la misma y única ciudad, que a esta altura multiplicó sus rincones y los llenó de sombras, de encanto, de amor, de un amor privado y secreto con el que siempre me encuentro a solas. Todos mis sueños. Los más hermosos y los más atroces”.